

cristiano, donde, en el conclave que se habia reunido á la muerte de Pio V <sup>1</sup>, habia sido pronunciado su nombre como el mas digno sucesor que podia darse al Pontifice cuyo amigo era.

Para no distraer sus últimos momentos, se le ocultó aquel honor supremo que le perseguia hasta la tumba, y el 1.º de octubre de 1572 espiró pronunciando una última súplica por la paz del mundo cristiano y por la Compañía de Jesús. Las lágrimas que derramaron los Padres en derredor de su lecho de agonía secáronse en el mismo instante que pasó á ser un cadáver. El hombre habia desaparecido, y ya no quedaba mas que el santo. Agrupóse la ciudad toda en derredor de aquella tumba que se transformaba en altar; los prelados, los príncipes y aun los mismos cardenales, impelidos por un sentimiento de religiosa admiración, se llegaron á besar los pies de aquel Jesuita, cuya vida y muerte no habian sido más que un himno á la gloria de Dios.

<sup>1</sup> Pio V falleció el 1.º de mayo de 1572. «Su mayor elogio, dice Voltaire, vió no de Constantinopla mismo, donde se celebró su muerte con regocijos públicos.» (*Ensayo sobre las costumbres*, pág. 383, tomo X de sus *Obras completas*).

## CAPÍTULO XII.

Lo que hizo san Francisco de Borja en favor de las misiones. — Mision del Brasil. — Peste en Santo Espiritu. — Divisiones entre los portugueses apaciguadas por el P. Grana. — El P. Acevedo visita la provincia del Brasil. — Su regreso á Europa. — Sus hechos en Roma. — Vuelve al Brasil. — El corsario calvinista Jaime Sourie. — Martirio de cuarenta Jesuitas. — Muerte de Acevedo. — El corsario calvinista Capdevila y los Padres. — El Jesuita José Anchieta y los salvajes. — Muerte del P. Martinez en las costas de la Florida. — Los Jesuitas en la Florida. — Carácter y costumbres de los naturales. — Los Jesuitas en el Perú. — Bartolomé de Las Casas y los españoles. — El Padre Portillo en el Perú. — Triunfos de los misioneros. — Méjico y los Jesuitas. — Los mismos en las Molucas. — El P. Lopez en el archipiélago de Amboyna. — El Jesuita Mascareñas y los reinos de Sionis y Manada. — Los Jesuitas en el Japon. — Parangon de las misiones católicas y protestantes. — Macaulay y Lamennais. — Los PP. Villela y Froes. — Revolucion en Meaco. — El P. Almeida en Goto y en Xiqui. — El P. Valla. — El neófito Leon y los bonzos. — Contrarevolucion en Meaco. — Gratitud de los reyes. — El P. Cabral visita la provincia del Japon. — Progresos del catolicismo y de la civilizacion en este imperio.

Al examinar estos siete años del generalato de Francisco de Borja, pudiérase muy bien presumir que no bastaron los dias de su existencia para llevar á cabo tantas cosas; y sin embargo, no fueron únicamente las necesidades morales de Europa sobre las que vigilaba con tanto celo. Además de la direccion que debia dar á cada uno de los Jesuitas esparcidos por los diferentes reinos católicos, en abierta lucha con las poblaciones infectas ó amenazadas de la herejía, se habia impuesto Francisco otras ocupaciones mas arduas: no se limitaba su celo á las regiones del continente, demasiado estrechas para el entusiasmo de sus hermanos; habia millares de ellos dispuestos á enseñar, y prontos á arrostrar los peligros que los Luteranos y Calvinistas les suscitaban á cada paso, y anhelaban otros por lanzarse á la conquista de los países infieles. Ignacio de Loyola y Laynez habian desarrollado en el corazon de los Jesuitas el instinto de la salvacion de las almas, y Borja trataba de conservar lo que habian hecho sus predecesores, y aun engrandecerlo, estableciendo nuevas misiones en la



Florida, en Méjico y el Perú. La del Brasil, fundada en tiempo de Laynez, iba progresando cada vez mas; y por ella vamos á empezar las tareas evangélicas de la Compañía durante el generalato de Borja.

Los fundadores de la mision del Brasil se habian colocado en el centro de esta comarca, dividiendo á sus catecúmenos en tribus ó familias á quienes administraban el pasto espiritual, en tanto que otros Jesuitas se ocupaban en la ereccion de casas y colegios, cuyo interior nos describe el Jesuita Anchieta en una de sus cartas.

«Nos hemos encontrado á veces, escribe, mas de veinte personas reunidas en esta casa, compuesta de una trabazon de largas estacas, que á favor de alguna tierra humedecida por la lluvia forma nuestras paredes y tabiques; sirviéndonos de techo algunos manojos de bálogo ó yerba seca. La pieza mas ancha, que vendrá á tener unos catorce piés de longitud y diez de latitud, nos sirve de aula, de refectorio y dormitorio; pero todos nuestros hermanos están tan contentos con esta cabaña, que no la cambiarian por el mas suntuoso palacio: porque siempre tienen presente que el Hijo de Dios nació en un pesebre mucho mas incómodo que el paraje en que habitamos, y que espiró por nosotros en una cruz todavía mas insoportable: pensando todos que destierran de nuestra alma los ligeros inconvenientes del asilo en que nos ha reunido el interés de su gloria.»

A fuerza de caridad y paciencia habian logrado los misioneros dominar á los antropófagos, sometiéndolos antes al yugo del Evangelio para poderles hacer aceptar el de la humanidad; medio que les habia salido á pedir de boca. La Compañía de Jesús empezó á progresar rápidamente en aquellas comarcas. Mas no eran solamente los indígenas los que necesitaban del auxilio de los Padres. En la residencia de Sancti Spiritus se declaró la peste durante los calores insoportables del año de 1565. Juan Jacobo, que se hallaba á la cabeza de esta mision, en union del P. Pedro Gonzalez, se dedicó á la asistencia de los enfermos, vigilando por la salvacion de las almas, y sepultando los cadáveres; porque los brasileños, estupefactos y aterrados á vista de aquel mal desconocido, no se atrevian á lanzar una última mirada á sus moribundos padres. Presentábase á sus ojos la civilizacion con un séquito de dolores que los aterraban; por lo que aun no ha-

bian cesado los estragos del contagio, cuando se decidieron á retirarse á los bosques para continuar en ellos su vida errante y nómada. Pero Jacobo y Gonzalez, que acababan de granjearse su confianza por muchos títulos, los disuadieron de semejante proyecto, y pocos dias después fallecieron ambos Jesuitas del mismo mal, cuyo gérmen se les habia inoculado en la asistencia de los brasileños.

En San Salvador, no fue á estos últimos á quienes se veian precisados los Padres á dar lecciones de moral, sino mas bien á los portugueses, que divididos entre sí habian pasado á formar pequeñas fracciones, y haciéndose una guerra cruel por medio de la calumnia ó de espoliaciones ocultas, desacreditaban á la autoridad, que á tan gran distancia de la metrópoli, era indispensable conservar todo su prestigio para que sirviese de garantía y seguridad á los europeos, y de atractivo y freno á los indígenas. Pero ni los consejos, ni las amenazas de los oficiales portugueses fueron suficientes á calmar aquellas disensiones cada vez mas enconadas, hasta que consiguió apaciguarlas el Jesuita Luis Grana.

En aquella misma época (1566) llegó á su destino Ignacio de Acevedo, nombrado por Borja visitador de la provincia del Brasil. Este Jesuita era descendiente de una de las familias mas distinguidas de Portugal, y su hermano habia gobernado mucho tiempo las Indias en calidad de virey. Pero el brillo de sus talentos y virtudes ofuscaba completamente el prestigio de su ilustre cuna, que solo habia servido á Acevedo para ostentarse mas pobre y mas humilde. Apenas hubo desembarcado, cuando se dirigió en compañía de Luis Grana al cabo de San Vicente, á bordo de la flotilla que el gobernador general Mendez hacia cruzar hácia Rio-Janeiro, amenazado por los salvajes aliados con los calvinistas franceses y ginebrinos. Los Jesuitas penetraban en los bosques arrostrando toda clase de torturas, y aun á veces la muerte, para conducir á la civilizacion, por medio de la Cruz, á aquellos bárbaros, á quienes persuadian los herejes que su estado primitivo era mas feliz que el que les preparaban los misioneros: lanzando á estas nuevas colonias á su ignorancia nativa, y guiándolos al combate para unirlos por medio de la sangre contra la Religion.

Después de transcurridos dos años en los afanes del apostola-



do y administracion, fundó Acevedo el colegio de Rio-Janeiro; estableció un noviciado en San Salvador, y reunió en Bahía una congregacion provincial, bien que su calidad de visitador no le daba derecho á convocarla. Y aunque las medidas que habia tomado eran muy prudentes y ventajosas á la Orden, sin haberse jamás propasado á promulgar decretos que no fuesen útiles; sin embargo, esto era traspasar las facultades de un visitador. Creyeron los Padres de Roma que no era prudente permitir tanta latitud ni aun á los que se hallaban separados del centro comun por el Océano; y para conservar en todas partes el espíritu de sus individuos, y el respeto debido á las Constituciones, fue vituperada la conducta del Visitador, y desaprobada la congregacion, no tanto por lo que habia hecho, como por su modo de proceder.

Acevedo hubiera muy bien podido comisionar un Jesuita á Europa, para solicitar auxilios de la corona de Portugal y de la Santa Sede; pero á vista de los peligros que corre en aquellas costas un misionero, toma la resolucion de sacrificar su existencia á la propagacion del cristianismo en el Nuevo Mundo; hácese á la vela resuelto á demandar el permiso de inmólarse en beneficio de aquellas colonias. Á su llegada á Lisboa expone las tribulaciones de que se ven asediados los que combaten en el Brasil bajo la enseña de la Cruz, inflamando de tal modo con sus palabras el celo de los jóvenes, que todos ansian marchar, y seguir en sus expediciones al Jesuita. En Roma, á donde llegó el mes de julio de 1569, excitó en los jóvenes el mismo entusiasmo; y después que obtuvo del Pontífice y del General de los Jesuitas los favores que necesitaba para poder trabajar con fruto en las misiones del Brasil, se encaminó á Oporto con ánimo de embarcarse en el navío *Santiago*, como en efecto lo realizó, seguido de otros cuarenta colegas, mientras que los PP. Diaz y Francisco de Castro se embarcaron en el almirante de Vasconcellos, ó en la galera de los *Huérfanos*, así llamada, por conducir á bordo varios niños á quienes el contagio habia dejado sin familia.

Varios accidentes marítimos, agregados á una deshecha horrasca, separaron al navío *Santiago* de las demás embarcaciones que convoyaba. Por fin, toca en Palma, cuando se hace señal de cinco buques. Era Jaime Sourie, que con el título de vicealmirante de Juana de Albret, reina de Navarra, cruzaba por aquellas costas. Es-

te pirata, á quien sus crueldades heréticas dieron una triste celebridad en los anales marítimos, se habia propuesto llenar un doble objeto; probar fortuna, como corsario, embistiendo á los convoyes portugueses, é interceptar el paso, como discípulo de Calvino, á los misioneros que navegaban hácia las Indias. Vasconcellos habia tambien avistado los referidos buques, pero mas veleros que los suyos, se le habian escapado á sotavento; y el pirata, que llevaba á bordo trescientos soldados resueltos, se decidió á dar caza al *Santiago* que solo contaba cuarenta hombres de tripulacion.

Luego que vió Acevedo el peligro en que se hallan y la imposibilidad de la fuga, apeló al valor de los marineros, que como verdaderos católicos, juraron todos combatir hasta sepultarse en las olas con los restos del navío. Exige el capitan que los Jesuitas no ordenados *in sacris* se dispongan á tomar parte en la desesperada lucha, á cuya invitacion contesta Acevedo, que hallándose consagrados, como lo estaban, al servicio divino, á mas de que seria inútil su intervencion armada, podria emplearlos con mayor ventaja en la asistencia de los heridos, y en dirigir al cielo plegarias por el salvamento de la tripulacion. Accedió el demandante á las razones del Padre, y después de colocar á once de ellos sobre cubierta, mandaron bajar á los mas jóvenes á la bodega. El 11 de julio de 1570 intima el corsario la rendicion al *Santiago*, y este contesta á su intimacion con una andanada.

De pié junto al palo mayor, y con una imágen de la Virgen entre sus brazos, comunicaba Ignacio de Acevedo á sus hermanos y marineros, con un acento de voz que tenia visos de inspirada, la energía que él recibia de su fe. Por dos veces intenta Sourie el abordaje, y otras tantas es rechazado; obstinado y rabioso con la resistencia que encuentra en un puñado de bravos, sitiados por una escuadra entera, redobla su audacia habitual; ha visto á los Jesuitas sobre cubierta, y esta presa es á sus ojos mil veces mas preciosa que todos los tesoros de las Indias. Temiendo que el *Santiago* llegue á escapársele por un prodigio de valor, intima á todos sus buques la orden de asaltar al enemigo todos á la vez; ejecutan aquellos sus órdenes, y bien pronto abordó Sourie al navío portugués á la cabeza de cincuenta de los suyos. El combate fue horroroso; el capitan del *Santiago* sucumbe á sus heridas; ya no quedaban mas que una docena de hombres que se rindieron á discrecion; pero no aspiraba Sourie á saciar su sed de



venganza en los soldados, y por lo tanto les perdonó la vida, para que pudiesen referir en su patria las torturas que meditaba imponer á los Jesuitas: figurábasele que por medio de este relato llegaría á reprimir el celo apostólico.

« ¡ Á LOS JESUITAS ! exclamó con voz ronca y atronadora, ¡ á los Jesuitas ! no dar cuartel á esos perros, que van á difundir en el Brasil la semilla de sus falsas doctrinas. »

Acevedo y sus compañeros se habian mostrado dignos del heroismo que acompañó á los marinos y demás de la tripulación: en el momento en que caía algun hombre, le salía al encuentro un Padre, que á través de la metralla, le recibía en sus brazos, y le suministraba los consuelos de la Religion; siendo heridos muchos, y entre ellos el mismo Acevedo. Terminado el combate, conoció este último que su hora postrera era llegada; reunió á sus compañeros en derredor suyo, exhortándolos á que aceptasen la muerte como habian hecho el voto de vivir juntos: los Calvinistas, estimulados por el corsario, se precipitan sobre sus víctimas; ofrécese Benito de Castro á su vista exponiendo su pecho al fuego de sus mosquetes, y cae espirante pronunciando un acto de fe: Acevedo, que se hallaba gravemente herido y con la cabeza hendida de un sablazo, exclamó inundando de sangre á sus compañeros: « Los Ángeles y los hombres me son testigos de que muero en defensa de la santa Iglesia católica, apostólica y romana; » y un momento después dejó de existir: cebáronse los Hugonotes en su cadáver; degollando en seguida á los demás, ó matándolos á culatazos.

Esta carnicería atroz sirvió únicamente para aumentar la rabia sanguinaria de los Calvinistas. Habíanse quedado en la bodega durante el combate veinte y ocho novicios, á quienes se habian agregado otros dos heridos de gravedad. Arrástranles hácia aquel teatro de horror, y viéndoles jóvenes y tímidos, empiezan á mofarse de su modestia é inocencia. Era un viernes el día que presenció tan horribles escenas de martirio, y por consiguiente día de abstinencia. Tratan los herejes de obligarles á que la quebranten, llevándoles la carne á los labios; y los jóvenes intrépidos la arrojan á sus piés; prométenles perdonarles la vida si abjuran su culto, y contestan á su invitacion con una mirada de desprecio; sirviendo de juguete por mas de una hora á una turba insolente y sedienta de venganza. Luego que se cansaron los Calvinistas

de prodigarles ultrajes, resolvieron volver al degüello. A los ordenados *in sacris*, les aplastaban la cabeza por el lugar de la tonsura; á los demás se les hacia sufrir un nuevo género de suplicio: atábanles pareados de piés y manos, y así les arrastraban hasta cubierta, lanzando espantosos gritos; sumíanles el puñal homicida en el seno y los arrojaban al fondo del mar. La misma suerte cupo á dos que se hallaban enfermos: otro, que por la fuerza de su temperamento parecia resistir á cuantas heridas le hacian, fue colocado á la boca de un cañon, yendo á sumergirse en las olas sus despedazados miembros; uno tan solo que servía de cocinero á los Padres, llamado Sanchez, se libró, reservándole los Hugonotes para desempeñar con ellos el mismo oficio.

Treinta y nueve habian perecido á impulsos del hierro homicida, faltaba un cuadragésimo que reemplazase á Sanchez: un sobrino del capitán del buque, llamado D. Juan, que habia tenido ocasion de observar la conducta de los Jesuitas durante la travesía, suplicó al Visitador que le admitiese en el número de los postulantes; aquel se lo habia prometido, y el jóven se dirigió á Sourie demandándole el cumplimiento de la oferta: — « Yo tambien pertenezco, le dice, á la Compañía de Jesús como los que acaban de morir. — Tú no llevas el hábito de los papistas, responde el corsario, y por consiguiente no mereces la muerte. » Estas palabras fueron para el jóven un rayo de luz: aun yacía sobre cubierta el cadáver de un misionero; revístese Juan con su sotana bañada en sangre, y se deja ver de aquel modo en medio de los verdugos. Un segundo después el postulante ya era mártir <sup>1</sup>.

La reina de Navarra desaprobó altamente la conducta atroz del pirata, mandando poner en libertad á Sanchez y á los marineros portugueses que habian sobrevivido al combate, luego que desembarcaron en la Rochela; mas no por eso abandonó Sourie sus

<sup>1</sup> El sumo pontífice Benedicto XIV, por un decreto expedido en 21 de setiembre de 1742, hace constar el martirio de estos cuarenta Jesuitas, cuyos nombres, algunos de los cuales han pasado á ser históricos, damos á continuación. Acevedo, Castro, Álvarez, Ribera, Fonseca, Andrada, Mendez, Escriban, Acosta, Cobilla, Fernandez, Vená, Gonzalo, Enrique, Fernando de Braga, Fernando de Juan, Mayorga, Delgado, Correa, Rodriguez, Lopez, Ferdinandez, Muñoz, Magellan, Dinyo, Gaspar Álvarez, Montemayor, Pacheco, Fontabra, Viana, Vazquez, Perez, Beza, Correa, Caldera, Sanchez, Perez-Godoy, Suarez, Laura, San-Martin y San-Juan.



correrías contra los Jesuitas. Hasta entonces solo habian dado caza al *Santiago*. La flota de Vasconcellos que conducia á los Padres Francisco de Castro y Diaz, habia divagado errante por toda la extension de los mares durante el trancurso de diez y seis meses, expuesta á cada paso á los mismos peligros; ya se hallaba próxima al Brasil, cuando interceptaron su rumbo cuatro gale-  
ras francesas y un navío inglés á las órdenes de Capdevila, uno de los mas famosos corsarios calvinistas; hace Vasconcellos la señal, se traba el combate, y el almirante portugués cae herido de muerte: conociendo los marinos que una vez privados de su jefe seria inútil la resistencia, tomaron el partido de rendirse. Capdevila que, como el pirata Sourie, se mostraba poco afanoso de sus vidas, puesto que solo tenia orden de ser inexorable con los Jesuitas, mandó degollar á Francisco de Castro y Diaz, jefes de los misioneros, quedando expuestos los demás, durante el espacio de veinte y cuatro horas, á los dieterios y sarcasmos de los herejes, hasta que por último fueron degollados en nombre de la religion reformada. De setenta y dos Jesuitas que conducia Acevedo al Brasil, no se evadió uno solo del furor de los Calvinistas.

Degollar en los mares á unos sacerdotes que van á llevar el beneficio de la civilizacion á unos países bárbaros, será siempre un crimen, cuya brutalidad y horror en vano se pretenderia atenuar con la diferencia de cultos. La desaprobacion que mereció la conducta del pirata á los ojos de Juana de Albret, impelida por un primer sentimiento de indignacion, creemos que todos los partidos la darian tambien, y con mayor generosidad; porque asesinar á los hombres para contrarestar el influjo de las opiniones, siempre ha sido un cálculo errado. La sangre vertida generosamente por el sosten de una causa, evoca nuevos mártires en cada siglo. Al organizar los Calvinistas su atroz perséucion, hasta en medio de los mares, cometieron una falta tanto mas inexcusable, cuanto que el objeto de ella era una Sociedad, que exigiendo de sus individuos la mas estricta obediencia, metamorfoseaba el martirio en una especie de auréola, ambicionada por todos ellos como su celestial recompensa.

La muerte inesperada de un pariente ó protector, puede muy bien en las familias acarrear una calamidad particular; lo contrario sucede en las Órdenes monásticas. Cuando tienen cierta

superabundancia de vida, se renuevan con tanta mayor facilidad, cuanto que la muerte recibida en defensa de la Religion es un atractivo para sus individuos. Los Jesuitas tenian demasiados combatientes que poder lanzar á la brecha, para contar en el número de las derrotas aquellas bajas que reputaban otros tantos triunfos <sup>1</sup>: un hombre de mas ó de menos en el grande movimiento que se habian dado, á mas de ser mirado como un solo adalid muerto en el campo de batalla, nada implicaba respecto á lo presente ni á lo futuro; los demás estrechaban sus filas, y el General se guardaba muy bien de modificar en nada sus disposiciones á causa de aquella muerte. En los ejércitos se olvida fácilmente al soldado oscuro que ha sucumbido en defensa de su bandera; entre los individuos de la Compañía se le consagra un piadoso recuerdo, oraciones y el homenaje de su emulacion.

La prueba evidente que los Hugonotes habian errado su objeto no se hizo mucho de esperar. Habian asesinado al P. Acevedo y á sus setenta compañeros; tambien la mision del Brasil se habia interrumpido por un momento, y sus primeros apóstoles habian envejecido en su ministerio, ansiando unos su regreso á Europa, consumiéndose otros en las agitaciones de una existencia laboriosa, y dejándose ver los mas desanimados é irresolutos; pero en Roma y Lisboa se hallaba un gran número de jóvenes que, impulsados por la fe y sedientos de la salvacion de los infieles, anhelaban el momento de encaminarse en busca de peligros desconocidos. Si en 1571 los propagadores del calvinismo habian degollado á un provincial, pasaba otro á reemplazarle en 1572. Al P. Acevedo, muerto en defensa del cristianismo, sucedia el P. Tolosa, que llegando afortunadamente al Brasil en compañía de otros trece compañeros, comunicó un nuevo aspecto á la mision de aquel vasto imperio.

El P. Anchieta se habia improvisado el vanguardia y precursor de los misioneros. Después de haber predicado el Evangelio en el litoral, y reanimado la fe casi extinguida en los europeos, iba en busca de los salvajes. Para dar á conocer Oultreman las piado-

<sup>1</sup> Refiere lord Bolingbroke, en una de sus cartas, que hablando cierto dia con el General de los Jesuitas respecto á las misiones, le dijo: «Está bien, pero ya no tendréis mas mártires;» y que el General le contestó: «*Abbiamo anche martiri per il martirio, si bisogna.*» Si es menester, mártires tenemos «para el martirio.»